

Las siete pruebas Stel Pavlou

«Exitoso y provocativo... un *thriller* inteligente, divertido, tremendamente emocionante... El heredero natural de Michael Crichton»

—The New Yorker

«Con mitología, ciencia, intriga y acción, crea una historia irresistible y compleja... Si te gustan los *thrillers* inteligentes, que la intriga tenga acción y la mitología sea moderna, probablemente encuentres en esta novela una experiencia muy gratificante»

—Publishers Weekly

«Pavlou escribe con el estilo de Michael Crichton, superando a veces al maestro. Tiene elementos científicos en el estilo de Clancy, y es tanto o más apasionante que la obra de Cussler»

—The New York Times

«Pavlou da con una mina de oro en esta novela. Sin duda ocupará los primeros puestos en todas las listas de ventas»

—Corriere della Sera

«Una fascinante mezcla de ciencia, mitología, lenguaje y mucho más»

—Independent

«Es un autor joven, pero con un conocimiento casi perfecto del abordaje de una novela»

—Diario de Ferrol

«Es diferente de verdad... Hoy en día, con tantas novelas de detectives débilmente construidas con material reciclado, *Las siete pruebas* es una perla para los que busquen algo poco habitual»

—Mail On Sunday

«Continúa la tradición de Julio Verne y Michael Crichton»

—Zona Urbana



Publicado por La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24.
Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid.
Teléfono: 91 870 45 85 Fax: 91 871 72 22
www.lafactoriadeideas.es e-mail: informacion@lafactoriadeideas.es
Derechos exclusivos de la edición en español: © 2009, La Factoría de Ideas

Material promocional, prohibida su venta

© 2005, Stel Pavlou

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Cíclades en el inframundo

Recuerdo el día en que morí.

Los detalles son confusos ahora. Una neblina apenas distinguible de una pesadilla. Recuerdo los cortantes sonidos del metal contra el metal, la estridente concepción de una batalla sangrienta sobre un lienzo. La orgía de sangre. Los ríos de sudor recorriendo los cauces de mis brazos. Tierra y grasa animal esparcidas sobre el mármol pulido. El olor de la carne quemada. Como tiras de carne rancia de cerdo crepitando y goteando en una hoguera. Jugos rezumando. Sangre fluyendo como el vino. El animal humano hace un distinguido sacrificio.

Decían que el potro se había desbocado. No sé por qué recuerdo aquello. El potro se había desbocado. Pero así es cómo funcionaban las cosas. Recuerdo que maté, con mis propias manos. A uno lo atravesé tan rápidamente como uno se cubre instintivamente la nariz al estornudar. Recuerdo que sujeté la cara de un hombre entre mis manos como si fuera a acariciarla y, en vez de aquello, le destrocé los ojos con mis pulgares, que quedaron enterrados en sus cuencas. No recuerdo si gritó. Supongo que debió de hacerlo. Todo es confuso ahora. Todo forma parte de ese carnaval de terror que terminó con mi vientre abierto en canal, y mis entrañas desparramadas como el relleno de un muñeco de trapo.

Recuerdo estar en medio de otro ataque cuando un golpe sordo me cogió desprevenido, y mi mano salió volando. Un final sobre otro final. Mis dedos ensangrentados seguían aferrando mi espada cuando cayeron al polvo.

No sé lo que ocurrió después. Los detalles son confusos ahora. Una neblina apenas distinguible de una pesadilla. Quizá sea para bien. No deseo recordar el horror que presencié, aunque sé que conocí el mal aquel día y que no fui lo bastante hombre como para detenerlo.

Regresé a tiempo para contemplar la oscuridad, arrastrado por algo que tiraba de mi ropa. Quizá dieron por supuesto que era carroña. Mis gemidos pronto pusieron fin a eso. Fui arrastrado por las calles e introducido en alguna parte, no sé en dónde.

Luego hubo un goteo. Un chapoteo ocasional en unas aguas inmundas, iluminadas esporádicamente por la débil llama de las antorchas en una

caverna. Estaba tumbado, saliendo y volviendo a caer en mi estupor por no sé cuánto tiempo. Solo ella podría saberlo. Esa zorra de pelo alborotado con sus ojos hambrientos y su necesidad de verme asfixiado. Esparciendo el humo de sus extrañas pociones, manteniéndome bien atado para que no pudiera apartar la mirada, forzado a consumir sus diabólicos bebedizos.

Examinó mis entrañas como si yo mismo fuese una profecía. Como si mi carne pudiera predecir el futuro. No sé qué es lo que vio, ya que no había futuro aquí. Estaba más allá de la restauración. Pero sin embargo ella me bañó en miel y me cubrió con retales. Me alimentó con bayas y brebajes y trozos de corteza y forzó el descenso de cada bocado por mi dolorida garganta. Recitó sus encantamientos y las llamas comenzaron a bailar al tiempo que la caverna empezó a dar vueltas, se levantó sus prendas y mostró el tupido pelo negro de su húmeda entrepierna. Se agachó sobre mí y, para mi sorpresa, tenía más control sobre mis partes del que yo mismo tenía. Se contorsionó y maldijo y me escupió para poder obtener mi simiente. Me asestó unos contundentes puñetazos. Y todo mientras las llamas y el humo de las antorchas se elevaban a su alrededor, un *crescendo* para su pelo alborotado y sus ojos hambrientos. Hasta que finalmente vertí en su interior lo que anhelaba.

Y cuando estuvo satisfecha apagó los fuegos y me abandonó al hambre y la sordidez. Y mientras estaba ahí tumbado, con mis fosas nasales saturadas con el hedor putrefacto y repulsivo de mi cuerpo moribundo, ella le hizo pasar y le dijo que me había salvado para él. Él tomó su cuchillo y lo hundió en mi sien.

Y mientras moría miré en lo más profundo de esos ojos codiciosos y comprendí.

Recuerdo el día en que morí. Fue el día que fui testigo de mi propia concepción.

Mi nombre es Cíclades. Y esta es mi historia.

Ciudad de Nueva York

Apuñaló al primer visitante exactamente a las 10.23. Esto fue determinado más tarde a partir del código de tiempo de las cintas de seguridad.

Ocurrió de la siguiente manera: entró en el vestíbulo principal llevando una sudadera gris lisa, con un aspecto inofensivo, un tipo normal. Superó el detector de metales sin activar la alarma. Merodeó bajo las imponentes cúpulas de cristal del vestíbulo de entrada durante unos diez minutos. No cogió ningún mapa del mostrador de información. No consultó ninguna dirección.

Observó durante casi tres minutos al personal del museo cambiando las flores, una donación continua de Lila Acheson Wallace, luego se dirigió hacia las escaleras para subir a la siguiente planta, cambió de opinión, giró a la izquierda alejándose de las escaleras y, caminando los diez metros aproximados que lo separaban de la exposición escultórica griega, sin detenerse en ningún momento para pagar la tasa voluntaria de entrada en ninguna de las dos taquillas, irrumpió en la sala Belfer con aire desorientado.

Aunque no como un turista. Esto era algo más.

Fue entonces cuando empezó a llorar.

No fue un arranque repentino. Si así hubiera sido, quizá uno de los vigilantes con sus vistosos uniformes azules podría haberse acercado para atenderle, dándose cuenta de que algo iba mal. En lugar de eso se dirigió al *Cubiculum de Boscoreale*—unos muros pintados al fresco y un suelo con su mosaico, dispuestos como la habitación de una villa romana— donde la señora Margaret Holland (una profesora de Historia del Instituto Scarsdale que estaba en el museo como parte de un grupo de trabajo) observó que tenía el aspecto de aquel chico que siempre estaba fumando *crack* en la biblioteca del último instituto donde había trabajado.

Sabía lo suficiente como para apartarse de su camino.

En la *Gran Urna Sepulcral*, al fondo a la izquierda, paseó su dedo por las imágenes de unos cuerpos negros tumbados bocabajo que estaban representados en su superficie de terracota. Tocó unos cuantos objetos más hasta que llegó al centro de la sala.

Completamente rodeado por estatuas de mármol de dioses y reyes, la atención del joven se vio atraída por la figura del centro: *Volneratus Deficens*, «el guerrero herido», una representación de Protesilao, destinado a ser el primer griego en morir en la batalla de Troya, pero mostrado aquí alzando el brazo con su lanza, preparado para matar.

Lauren Berger, de veintiún años, estudiante de Historia del Arte de la Universidad de Nueva York, explicó que estaba haciendo unos bocetos del *Guerrero herido* cuando el hombre apareció repentinamente a su lado y le habló a la estatua. Desconcertada, le preguntó si estaba familiarizado con la obra. Él replicó que no estaba familiarizado con la obra sino con el hombre.

En ese momento, Lauren Berger decidió abandonar la sala Belfer. Fue cuando ella partía, y mientras el hombre intentaba seguirla, que este pareció percatarse de la galería de exhibiciones especiales tras la entrada bajo el letrero «La hazaña griega». En el interior, artefactos desde la guerra de Troya a los primeros Juegos Olímpicos habían sido dispuestos en celebración de los juegos de verano de este año. Hoplones, lanzas, vasijas, cuencos, monedas. Pero fueron las espadas lo que más le interesó.

Las espadas y las calaveras.

Lauren Berger dijo que hubiera deseado no haber iniciado jamás una conversación con ese hombre. Quizá entonces no hubiera hecho lo que hizo a continuación.

A las 10.23 el joven cogió una espada corta de bronce de tres mil años de antigüedad de una pared del museo y con el mismo movimiento seccionó el brazo de Richard Scott, el único otro visitante en la estancia. En segundos había abatido al vigilante de la sala, y al de la sala contigua que intentó intervenir, con sendos mandobles de una experta precisión. La espada seguía pareciendo sólida y afilada. Había un montón de sangre.

Ondeando la espada por encima de su cabeza, descargó la antigua arma sobre la vitrina 43. En el interior había un casco y un cráneo roto.

Con su mano tachonada de esquirlas de cristal y recorrida por regueros de sangre, recogió los objetos del interior del expositor.

Y entonces, del mismo modo que su furia había explotado, comenzó a hiperventilar. El vídeo de seguridad mostró la confusión que se iba dibujando en su cara mientras estudiaba el descolorido hueso humano; entonces se desplomó.

Permaneció tirado en el suelo unos cuantos minutos, vociferando en un idioma que nadie entendía. Apretó el cráneo contra su pecho.

Y rompió a llorar.

North

La mañana de mediados de agosto era cálida y opresiva, Nueva York era una asfixiante caldera que dejaba el aire denso y cargado, saturado con los humos de los vehículos diesel y de gasolina que se deslizaban por la Quinta Avenida como si fueran gotas de sudor.

Aparcado detrás de tres roñosos autobuses escolares Scarsdale que esperaban junto a la acera, North rumiaba el informe de Bruder. Había marcado la localización del sospechoso en un desgastado mapa azul y blanco de la planta del museo antes de despegarlo del techo de su Impala azul marino.

—¿Cuándo llega la ESU? —preguntó.

La Unidad de Servicios de Emergencia era una de las divisiones tácticas del NYPD. Negociadores y SWAT. Como detective de la unidad de intervención del Cuarto Distrito, North no trabajaba en operaciones con rehenes; debían de andar escasos de personal.

El agente Don Bruder se había visto abrumado por los acontecimientos, llevaba cerca de tres minutos al borde de una lipotimia, moviéndose con inquietud mientras el caos en las escaleras del Museo Metropolitano de Arte continuaba desplegándose implacablemente. Los agentes estaban conduciendo al público hacia las salidas. La masa enloquecida de turistas se agolpaba en torno a los puestos de perritos calientes y vendedores de ilustraciones. Y aunque podía oír más sirenas intentando abrirse camino por la calle 86 Transversa, a tan solo una manzana de distancia, apenas un par de coches patrulla habían conseguido llegar hasta allí antes que North.

Eran las 10.45.

—Es tu aviso —replicó Bruder.

—Eres el primer oficial en llegar. ¿Pediste que viniera la ESU o no? —preguntó North secamente, abriendo el maletero con brusquedad.

—¿No te lo dijo Central?

—¿Decirme el qué? —North sacó su pesado chaleco antibalas y se ajustó las correas sobre su camiseta empapada de sudor.

—Ah, Jesús. —Bruder tembló—. Eres tú quien debe llamar a la ESU.

—¿Por qué?

—Porque ese chalado está preguntando por ti por tu nombre.

North cerró el maletero de un portazo. Gotas de sudor frío bajaban por su húmeda frente. Pudo sentir la negra mugre de la ciudad pegada en su nuca mientras sacudía la cabeza.

—¿Preguntando por mí?

—Detective James North. Es lo que no deja de repetir. ¿Crees que puede ser alguien a quien hayas cabreado?

North se quedó sorprendido por la revelación.

—Soy policía —dijo—. Escucha, llama a Central, diles que muevan el culo y manden más gente para que precinte la zona. ¿Habéis bloqueado las salidas?

Bruder señaló con el pulgar a la multitud que aún luchaba por abandonar el edificio.

—¿Estás de broma? Habrá unas tres mil personas ahí dentro, y un crío atrapado con ese maníaco. Dicen que se puede tardar una media hora solo en evacuar el edificio.

North observó la fachada del edificio mientras el personal sanitario ayudaba a un par de empleados del MET a llegar hasta la única ambulancia del Servicio Médico de Emergencias del FDNY que pudo superar el embotellamiento del centro de la ciudad. Uno sujetaba un trozo de tela empapado de sangre contra su cara. Otro tenía una camiseta enrollada en torno a su mano.

Si ha tocado a ese niño...

North hizo un gesto para comprobar su arma pero la sombra que cruzó la cara de Don Bruder habló por él.

—No me gustaría ser tú en estos momentos.

—Créeme, todos queremos ser otras personas.

—Central ha dado la orden: ningún disparo dentro del museo.

North se quedó atónito.

—¿Perdón?

—Alguien llamó a la oficina del alcalde. Dijo que se ha hecho una donación a la exposición de tres mil años de antigüedad. Lo siguiente que sé es que ha llegado un despacho con la orden implícita de que el museo es más valioso que cualquiera que se meta ahí dentro.

North no respondió. Valoró la situación y luego desenfundó su Glock 21 del calibre 45. Ocho disparos. Punta hueca. Todos los policías sabían que la munición encamisada atravesaba el objetivo y luego salía limpiamente. Pero

una punta hueca se abría como una flor de plomo. Su capacidad de daño era despiadada; su poder de detención, absoluto. Y no había riesgo de que pudiera salir de su objetivo para alcanzar a cualquiera lo suficientemente desafortunado como para estar situado por detrás. La pistola iba a entrar.

—Yo no he visto nada.

A North no le importaba.

—¿Algo más que quieras contarme?

—Sí —dijo el joven agente mientras estudiaba los escalones que conducían a las imponentes columnas del majestuoso edificio de piedra—. Hemos encontrado a la madre del chico.

—Matthew Hennessey —continuaba diciendo ella una y otra vez—. Matthew Hennessey.

Pero era solo uno de una amalgama de nombres que estaba flotando en la cabeza de North. Amos Arreilamo, Louis Rosario... Había encerrado a Louis por robo en una casa. ¿Estaría ya en la calle? Michael Francis Duffy seguía preso por doble homicidio. Imposible que lo hubieran soltado. ¿Qué pasa con Denni? Ella se parecía a la esposa de Dennichola Martínez. Trincó a Denni por un robo importante.

El problema de ser detective de la Unidad de Intervención era que te ponían donde más necesitasen tener a alguien. Podía conocer al tipo del museo por un buen número de razones, desde algún timo hasta cruzar imprudentemente la calzada.

—¿Me está escuchando? —estaba diciendo ella, completamente desesperada—. ¿Está escuchando lo que le estoy diciendo?

North mintió y dijo que sí.

—Es asmático —sollozaba ella, con sus manos temblorosas y las mejillas cubiertas de lágrimas, probando que el maquillaje de cinco dólares que llevaba no soportaba la humedad. Se clavó las uñas en su ropa de Costco, que era vieja pero por otro lado estaba bien cuidada. Esta mujer sabía cómo estirar el dinero.

Tenía otro retoño con ella. Una niña pequeña con un vestido de algodón amarillo pálido. Ni rastro del padre.

—Señora Hennessey —dijo North amablemente—. ¿Es un buen chico? Ella no estaba escuchando. Estaba fuera de sí.

—Señora Hennessey. Su hijo, ¿cómo se llama?

—Se lo he dicho, Matthew. Su nombre es Matthew.

Dios mío, North, paciencia.

—¿Cuántos años tiene?

—Once. —Sus ojos deambulaban sin rumbo.

North tuvo que distraerla de lo que estaba ocurriendo. Tocó su brazo.

—Señora Hennessey, escúcheme. ¿De acuerdo? Míreme... míreme. —North era la viva imagen de la seguridad cuando ella hizo contacto visual—. Vamos a sacar a su hijo de allí, ¿de acuerdo? Pero voy a necesitar su ayuda.

Ella asintió con la cabeza al comprenderle.

—Dijo que tenía asma. ¿Está tomando alguna medicación?

—Su inhalador. Tiene un inhalador de plástico.

—¿Qué lo desencadena? ¿Tiene ataques de pánico?

—No. No, es un problema médico.

Bueno, eso es algo.

—¿Lo lleva consigo?

Era una pregunta sencilla pero era una de las que esta madre angustiada simplemente no podía responder. Estaba temblando de nuevo, incapaz de proporcionar una respuesta coherente. Se tiró de su decolorado pelo, que llevaba recogido con un lazo detrás de la cabeza. No podía ser más que unos pocos años mayor que North. En mitad de la treintena, aunque las débiles trazas de vasos sanguíneos reventados en torno a su nariz sugiriesen otra cosa.

—Lo puso en el bolso de mamá... —reveló la hija—. Odia tener que llevarlo por todas partes. Le hace parecer bobo.

North volvió a centrar su atención en la madre.

—¿Lo tiene?

Ella rebuscó indecisa en su atestado bolso hasta que sacó el pequeño artilugio de plástico azul. Se lo ofreció a North. La etiqueta del frasco a presión rezaba «Albuterol».

North lo reconoció inmediatamente. El hijo de su hermana necesitaba Albuterol. Pero este frasco estaba vacío y había pasado por mucho su fecha de caducidad. North sonrió, esperaba que de un modo tranquilizador. El pequeño Matty no tenía asma en absoluto. Estaba engañando a su madre, por razones que solo él conocía.

—Me aseguraré de que le llegue esto.

Las sofocantes y untuosas nubes naranjas estaban cargadas con la promesa de lluvia, pero North no las creía. Continuaría sudando.

El calor hacía cosas extrañas con la cabeza de un hombre. Podía hacer que se cociera hasta el punto de lo irracional, provocando que desatara su furia sin miedo a las consecuencias. El calor interfería con la habilidad de un hombre para razonar.

North tenía dos opciones, mientras luchaba por entrar en el museo con la abrumadora marea de visitantes presa del pánico que seguía descendiendo por las escaleras principales en su intento por salir: podía darle más potencia al aire acondicionado con la esperanza de que el tipo se calmara o bien apagarlo para dejar que el calor hiciera efecto en él. Dejarlo atontado, más fácil de arrestar pero peligrosamente impredecible.

¿Cómo apaciguar un torbellino?

—¿Qué está haciendo ahora? —North se unió al siguiente agente, que estaba agazapado tras una de las taquillas.

—Afilando la espada.

—¡Oh, Jesús!

North echó un vistazo desde la esquina para valorar la situación, pero no había nada que ver. En su lugar pudo escuchar como una piedra siendo arrastrada, lentamente, muy lentamente, a lo largo del filo de una espada antigua.

—¿Dónde está?

—Sigue entrando y saliendo de allí. Hay una salida al otro lado. —El policía señalaba una galería lateral.

North comprobó el plano del museo. Sintió como se le tensaban los músculos de la mandíbula por la frustración. No había suficientes agentes, seguía habiendo demasiados visitantes. Consternado, arrojó el mapa a un lado.

—Esto es demasiado impreciso.

En el otro extremo de la sala Belfer, un único policía orientaba a los confusos visitantes que salían de la cafetería y de la exhibición de las Américas para que se dirigieran hacia las escaleras, pasado el guardarropa, hasta la salida de la calle Ochenta y uno. Le estaba dando la espalda a la sala. No tenía otra opción. No había puertas internas que cerrar, ningunas rejas que surgieran mágicamente. El museo presumía de su accesibilidad.

El criminal solo tenía que cambiar una vez de opinión sobre dónde le apetecía estar para que toda esta situación se descontrolase.

El afilado continuaba. Un fuerte olor a metal surgía de la galería lateral.

—¿Ha estado haciendo eso todo este tiempo?

—Lleva unos diez minutos. La gente del museo dice que es una espada de Troya auténtica.

North tuvo que pensar.

—¿Al norte del estado¹?

¹N. del t.: Se refiere a la ciudad de Troy (Troya), en el estado de Nueva York.

—La antigua Grecia.

Oh.

—Supongo que vale una fortuna.

Bruder se acercó por detrás.

—Ya no.

—¿Le ha hecho algo al chico? —preguntó North valorando las salidas.

—Ni siquiera creo que sepa que está allí.

Pero North no dudaba.

—Confía en mí —dijo—. Lo sabe.

A Bruder no le gustaba toda esa espera. Sus dedos estaban blancos de aferrar su radiotransmisor.

—¿Qué pasa con la ESU? ¿Les llamo?

North lo sopesó. La ESU sería la respuesta primaria si la situación no estuviese bajo control. Pero sí lo estaba, por el momento. Las situaciones con rehenes ocurrían en esta ciudad con una frecuencia alta, en torno al centenar de casos al año. El Equipo de Negociación con Rehenes del NYPD tenía un noventa por ciento de éxitos disuadiendo a desesperados, suicidas y pirados de actuar siguiendo sus insondables impulsos. Por algo tenían «Hable conmigo» blasonado en su equipamiento.

—Llame al HNT —ordenó North. Pero poco después de haber dicho eso la situación comenzó a descontrolarse. La multitud al otro extremo de la sala empezó a superar al solitario agente, colándose en la misma, justo donde North no la quería, exactamente en medio de la situación con rehenes.

North no se lo pensó.

—¡Atrás! —gritó, corriendo hacia ellos—. ¡Atrás!

Antes de darse cuenta, se encontró en medio de la sala. Los visitantes estaban desconcertados. Vacilaron. North les hizo señas desesperadas para que se alejaran.

De vuelta a las taquillas, Bruder y su compañero se vieron forzados a dirigir la marea de visitantes hacia las escaleras, lejos de la situación hostil y hacia las salidas.

—¡Marchaos! —suplicó North.

Y fue entonces cuando la primera chica vio al sospechoso, de pie, a tan solo unos pocos metros en el interior de la galería de Exhibiciones Temporales, y comenzó a gritar.

En torno al metro setenta y cinco, quizá setenta kilogramos, de pelo claro cortado al rape, estaba de pie dándole la espalda a su audiencia, con sus brazos claramente manchados con una viscosa sangre de color rojo oscuro.

Los visitantes se apresuraron a regresar por el camino que habían tomado, pero el extraño ya se estaba girando hacia North.

Era un par de años más joven que él. Puede que tuviese veinticinco, veintiséis años. North estaba en forma, pero este tipo parecía un atleta. Iba a ser ágil y rápido.

North se asombró de su propia estupidez. Puede que tuviesen razón. Puede que siete años fuese realmente la vida media de servicio de un policía de Nueva York.

Agarró con fuerza el inhalador azul como un acto reflejo e intentó calcular su próximo movimiento. Ahora estaba en el terreno del sospechoso.

Y North no lo conocía en absoluto.

Gene

El sonido escalofriante de las pasadas deliberadamente lentas de la piedra de amolar contra el frío y duro metal de la antigua espada continuaba reverberando de pared a pared. North podía percibir ahora que estaba acompañado por el rumor áspero de una respiración fatigosa y forzada a través de la garganta seca y constreñida del extraño.

¿Era asmático también, o estaba enfermo? ¿Era un indicio de neumonía lo que North podía escuchar, una infección bronquial? ¿O es que no se podía clasificar al hombre de la espada en ninguna categoría, excepto en la de «desequilibrado»?

Cerca, detrás de una estatua grande de mármol de un dios griego olvidado hacía mucho tiempo, muerto hacía mucho tiempo, se encontraba Matthew Hennessey de pie, sollozando, tan aterrorizado que tenía un charco a sus pies y una mancha de color índigo bajando por sus pantalones vaqueros. Se habría meado todavía más si le quedase algo que mear.

North estaba demasiado lejos para agarrarlo y salir corriendo; ese tipo lo cortaría por la mitad antes de alcanzarlo. El chico intentó buscar la mirada de North para encontrar algún apoyo, pero North no se podía permitir proporcionarle esa mirada reconfortante que tanto deseaba. Tenía que mantener la atención de ese hombre lejos del niño, a cualquier precio.

El extraño arrastró los pies al girarse para contemplar a Bruder, quien dirigía a los ansiosos y curiosos visitantes de vuelta a la salida, todo mientras afilaba su espada. North observó lo peculiar de sus andares vacilantes. ¿De qué estaba puesto? ¿PCP? ¿*crack*? ¿Algo nuevo? Podía permitírselo. Su ropa era cara. Pantalones de diseño. Deportivas de doscientos dólares. Sus dedos estaban pulcramente cuidados y sin callos. No era solo un ejecutivo, era un ejecutivo de éxito.

¿Qué se había adueñado de él para que liberase su rabia entre las vitrinas destrozadas y los huesos humanos aplastados y cubiertos de terrosa arcilla de modelar, los ojos de cristal y demás material artístico, los cuales se hallaban desparramados ahora por el duro suelo de mármol? ¿Era una reconstrucción facial en arcilla lo que había estampado contra el suelo, y sus

ojos los que habían salido despedidos tras el acceso de odio que se había descargado sobre la misma?

Demasiados ojos. Incluso North podía sentir los ojos, la mirada furiosa de los dioses que estaban alineados en la galería orientados hacia él, como si estuvieran vigilándolo. Juzgándolo. ¿Era eso lo que le inquietaba, el no querer ser observado de esa manera? North conocía a hombres que habían matado por menos.

¿Digo simplemente: «hola, preguntabas por mí»? No. Entonces tendría la sartén por el mango.

North cogió el inhalador azul, lo agitó violentamente, asegurándose de que la pequeña bola del interior tintineaba sonoramente, y fingió aspirar profundamente una dosis de Albuterol.

—Me pongo nervioso —anunció North a modo de disculpa.

Ninguna respuesta. Si el tipo había escuchado algo no se daba por aludido. Simplemente continuó con lo que hacía, como un chef afilando su cuchillo con una chaira.

North tenía que tomar la iniciativa de alguna manera. Convertirse en el centro de atención de ese hombre. Hacer algo inesperado pero no amenazador que pudiera darle la iniciativa.

Se percató de una pesada chaqueta de cuero marrón que estaba tirada en el suelo, abandonada por un visitante en su huida. North esperó un instante antes de acercarse lentamente a la misma.

—*Hey, ¿es tuya?* —preguntó, a pesar de la sudadera del extraño; cualquier cosa para iniciar una conversación. La cogió cuidadosamente, sin apartar su mirada del extraño en ningún momento—. Bueno, déjame que te la devuelva —ofreció tranquilizadamente.

Todavía nada, excepto el insoportable chirrido de la piedra contra el frío metal.

La chaqueta no era barata y era demasiado pesada como para ser confortable en un día como hoy. El hábito debía haber hecho que alguien la trajera. North recorrió rápidamente el forro con los dedos solo para asegurarse, pero los bolsillos estaban vacíos.

Lo intentó de nuevo. Solo le quedaba una estratagema.

—Mi nombre es James —dijo—. James North.

El extraño detuvo abruptamente el afilado. Su pecho se expandió mientras luchaba para aspirar trabajosamente otra bocanada de aire.

¿Estaba pensando alguna respuesta? Era difícil de decir. North podía escuchar que estaba murmurando algo entre dientes, aunque no lograba entender su idioma. Quizá sonara a algo de Oriente Medio, no estaba seguro.

¿Cómo proceder?

—¿Quieres que tire esto a tu lado?

El extraño elevó sus ojos perturbados y llenos de curiosidad para encontrarse con los de North.

Eso es, eso es. Mírame...

La mirada de aquel hombre revelaba una familiaridad que North no podía terminar de situar. Una peculiar marca de nacimiento circular partía desde su ojo derecho. North no le sostuvo la mirada mucho tiempo, fue rápido en mirar a otro lado de nuevo, fue rápido en mostrar deferencia al dominante. Intentó parecer sumiso.

—Lláname Jim —dijo, ofreciéndole al hombre su chaqueta, aunque la espada oscilaba ligeramente en la mano del agresor—. ¿Y tú?

El hombre se quedó cavilando profundamente un tiempo considerable. ¿Tan difícil resultaba? Finalmente replicó tranquilamente:

—Soy el Juramento de Satán.

North ni siquiera quería pensar en lo que podía querer decir aquello. ¿Estaba intentando provocarle o quería decirlo de verdad? *Olvídalo. Desvíalo.*

—Sin embargo, ese no es tu nombre, ¿no es así? —replicó suavemente.

El extraño contempló esa revelación.

Continua en *Las siete pruebas*